

**Usos de la transición a la democracia.
Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta**
Cecilia Lesgart

Cecilia Lesgart es Becaria Posdoctoral del CONICET; integrante del Núcleo de Estudios sobre Memoria del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires; y Profesora de Problemática Política de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos.

E-mail: clesgart@hotmail.com

Una primera versión de este trabajo fue presentada en las Segundas Jornadas «Memoria, Historia e Identidad», Universidad Nacional de Quilmes, noviembre de 2001.

La autora agradece los comentarios y sugerencias de Elizabeth Jelin y Hugo Quiroga.

Resumen

Narramos una posible historia de la producción de la idea de transición a la democracia. Esto fue, antes que nada, un proceso de innovación teórica que ocupó a dos grupos de intelectuales y que ocurrió con anterioridad a que tuvieran vida los procesos históricos que se inauguraron con las elecciones fundacionales. Su objeto de estudio es el pensamiento intelectual que revalorizó la democracia política y que produjo la idea de transición a la democracia. Y que hizo de ellas construcciones conceptuales con las cuales se revisaron las concepciones de la política que, hasta allí, se habían tenido. Por último, mostramos los diversos usos de ambas categorías: ideas, términos omniabarcativos, consignas, metáforas, área de estudios para la política comparada, motivo de reflexión sobre la sociedad, expectativa política.

Summary

We tell a possible story about the production of the «transition to democracy» idea. Before all, this was a theory innovation process that occupied two intellectual groups and that happens when transitions from authoritarian rule processes were not open. The study object is the intellectual thought who underlines the political democracy and produces the «transition to democracy» idea. The utility, uses and significances of both key terms were vast and in that path they run out of analytic capacity. Anyway, with both concepts, Latin American intellectuals check previous politics conceptions.

1. La fuerza integradora de las ideas frente a situaciones límites

Entre finales de los años setenta y principios de la década del ochenta, nuevos conceptos comenzaron a ocupar un lugar predominante en el vocabulario de las ciencias sociales regionales desplazando a otros que, hasta allí, le habían dado sentido al mundo teórico, académico y político.

La democracia política y la transición a la democracia, marcaron la constitución de una idea límite. Con ella se podía pensar en contra de lo no querido como proyecto de sociedad: el autoritarismo. Con este término, se señalaban experiencias políticas inmediatas y lejanas, tanto generales como particulares. Por un lado, delimitaba la brutalidad instalada por los últimos regímenes militares, la violación sistemática de los derechos humanos, la imposición de un clima de silencio y terror, la creación de una maquinaria de masticación de cuerpos. Por otro lado, permitía someter a crítica aquellas rutas políticas que, en el pretérito, habían negado o desconocido parcial o ampliamente las garantías ofrecidas por el ahora revalorizado Estado de Derecho. En todos los casos, a través de él se señalaban cosas diversas: rasgos de cultura política, comportamiento de actores o arreglos institucionales. De esta manera, la palabra autoritarismo se utilizaba omnicomprendivamente y enmarcaba momentos diferentes del pasado según quién la usara y de acuerdo a la tradición en la que se estuvieran buscando las razones de su prolongada existencia: los populismos «realmente existentes»; el legado ibérico; los caudillismos; la sociedad militarizada; el «corporativismo»; los diversos golpes de estado; las prácticas recientes de la izquierda intelectual o partidaria que, si bien habían adoptado estrategias y tácticas puntuales en cada uno de los países de la región, se habían enrolado detrás de la idea de socialismo y de la práctica revolucionaria. El término, compuso un tejido de interrogantes que reenviaba a pasados nacionales o regionales más o menos lejanos para encontrar allí los por qué o los cómo se había llegado a la situación presente. Las maneras de formular estas preguntas fueron en unos casos, indirectas, segmentadas o metafóricas y en otros, se convirtieron en programas de investigación.¹ Pero su poder radicó en la posibilidad de armar en contra de sus múltiples significados una idea que, en sus principios, estableció los límites de una política defensiva.

La democracia política y la transición a la democracia obraron aquí como términos que permitieron deslindar la vida de la muerte. Poco tiempo después, se convirtieron en el valor-límite consensuado alrededor del cual reclamar el establecimiento de

¹ Por ejemplo, las críticas que, a partir de 1981, le realizó el IDES a la política económica de la dictadura militar Argentina. Otros, más ilustrativos, son los de las narrativas literarias o las puestas cinematográficas argentinas que buscaron en el pasado algunas claves para cuestionar el presente. De allí, la proliferación de narraciones sobre el rosismo que, entre otras cosas, sirvió como excusa para pensar el presente y reorganizar historias pasadas. VV.AA, *Ficción y Política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos

Aires, Alianza, 1987. Para el caso chileno, los centros de investigación no gubernamentales obraron como paraguas institucionales y permitieron una crítica menos metafórica e individual, más pública y abierta. Jeffrey Puryear, *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore-Londres, Johns Hopkins University Press, 1994. Cecilia, Lesgart, «Transición e Intelectuales en Chile», en: *Nueva Sociedad*, Nº 170, Venezuela, noviembre/diciembre, 2000.

condiciones mínimas que impidieran el ejercicio arbitrario del poder. Esta demanda, las transformó en ideas que gestaron una política ofensiva que negaba las bases en las que se asentaban los regímenes militares: las persecuciones, los encarcelamientos, las vejaciones, los exilios, las desapariciones y que se expresó a través de luchas, gestos y consignas más o menos contundentes, entre las cuales, la de «aparición con vida» es aún hoy, la más conmovedora.

En el ambiente intelectual y en el cono sur de América Latina, la puesta en escena de la idea democrática se llevó a cabo en el congreso que, en 1978, organizó CLACSO en Costa Rica. El evento que llevó por título «Las condiciones sociales de la democracia», marcó el inicio de un programa de reflexión que convocó a intelectuales provenientes de tendencias teóricas enfrentadas pocos años antes, disparando la producción de un vocabulario nuevo. Aquí, ambos términos fueron efectivos como impulsores de nuevos rumbos teóricos generados a partir de realidades que se desvanecían, de hipótesis teóricas contrariadas por procesos en marcha, de utopías que se desarmaban y de narrativas que se encontraban en crisis.

El impacto causado por la dictadura y las experiencias del exilio, colocó a intelectuales provenientes de diferentes tradiciones de pensamiento y a las prácticas académicas ante dos desafíos. Por un lado, a un proceso que sometió progresivamente a crítica las modalidades de hacer y de concebir a la política buscando formulaciones alternativas a la idea de práctica instrumental, a las metodologías de cambio violento y a la hipótesis de que la estabilidad de la democracia sobrevendría una vez desarrolladas ciertas condiciones económicas, sociales y culturales. Este desarrollo, culminó en una idea de política que privilegió las dimensiones procedimentales, institucionales y representativas a través de la cual, el cambio político se conceptualizó como gradual y paulatino. Por otro lado, provocó la revisión de los alcances y las modalidades de producción teórica o científica realizada en las ciencias sociales y del papel de los intelectuales. Aquí, se marcaron compromisos y deberes pero se subrayaron las responsabilidades.

En este camino de reconsideración de experiencias políticas y teóricas, de tensión entre producción intelectual (temas, contenidos, formas) y opciones político-ideológicas (compromisos y responsabilidades) las ideas de democracia política y de transición a la democracia dotaron de nuevas características a la pregunta en torno a cómo conocer y qué tipo de producción se esperaba de las ciencias sociales. La innovación conceptual que se originó con ambas, marcó a fuego la producción académica de la década del ochenta. Por un lado, ellas consolidaron un campo de reflexión dentro de los estudios comparados dando lugar a otra manera de pensar el cambio político latinoamericano. Varios fueron los intelectuales y las áreas de las ciencias sociales que se embarcaron en una sistemática labor de comparación entre distintos regímenes políticos. Como área geográfica, se fortaleció y quedó disponible como especialización en política comparada. Empleadas como modelos de cambio político, se especificó el debate en torno a los posibles rumbos que deberían tomar

los autoritarismos en América Latina. A partir de aquí, se inició uno de los grandes proyectos de investigación comparativa entre diferentes geografías que dio origen a los cuatro volúmenes de *Transitions from Authoritarian Rule*.² Por otro lado, articularon una «nueva teoría política» ordenada alrededor de la pregunta sobre las características que debía reunir la política mirada desde el prisma de la democracia. Acompañada por el término transición, fue utilizada como metáfora témporo-espacial de movimiento, lo que permitió retrasar la llegada del futuro allí donde la contingencia de los procesos no se ajustaba a los tiempos esperados (Argentina, transición por colapso; Chile, retardada o incompleta; Uruguay prolongada; Brasil excepcionalmente prolongada). Sin embargo, no quedaron encerradas en el exclusivo mundo académico o intelectual. Así, con la realización de las elecciones fundacionales, fue convocada por los primeros gobiernos constitucionales como consigna sintetizadora de una nueva época. Así la utilizaron, entre otros, Raúl Alfonsín en Argentina o Patricio Aylwin en Chile. Ellas llenaron el espacio vacío que habían dejado las nociones y definiciones de la política que habían coloreado las contiendas ideológicas y políticas pretéritas. Las ideas de democracia política y de transición a la democracia, empleadas de manera opuesta a las de autoritarismo y a la de revolución y utilizadas por mucho tiempo como metáforas, conceptos evaluativos, categorías descriptivas, modelos de cambio político y consignas, delimitaron tiempos subjetivos y objetivos, políticos y académicos: pasado y futuro, experiencias y expectativas.³

Ambos términos fueron producidos en el cono sur de América Latina cuando aún no se habían abierto señales regionales que dieran cuenta de que se podía torcer el trágico rumbo impuesto por los regímenes autoritarios en los destinos colectivos y personales.⁴ De esta forma, la familia de conceptos asociados a la democracia política, representativa y/o poliárquica se produjeron, usaron o revalorizaron por diversos intelectuales en distintos artículos, congresos, jornadas, grupos de discusión e instituciones especializadas con anterioridad a que hubiera indicios de que podían plasmarse como procesos políticos. Este desarrollo fue promovido por la observación de otras áreas y experiencias que obraron como laboratorios de ideas o como modelos de cambio político y ellas intensificaron la búsqueda de rutas políticas y teóricas a partir de las cuales pensar posibles caminos para nuestras sociedades. En esta indagación, contribuyeron algunos parecidos de familia como las democracias liberales de ciertas sociedades del cuadrante noroccidental o el resquebrajamiento de los regímenes políticos de la Europa mediterránea (Grecia, España y Portugal). La

² Guillermo O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead (comps.), *Transitions from Authoritarian Rule*, The Johns Hopkins University Press, 1986 (hay traducción al español: Paidós, 1989).

³ He trabajado con estos términos metahistóricos en mi tesis doctoral: *Entre las experiencias y las expectativas. Producción Intelectual de la idea de Transición a la Democracia*, FLACSO, México, agosto,

2000 (Rosario, Homo Sapiens, en prensa). Consultar: Reinhart Kose-Illeck, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

⁴ El único indicio era el progresivo resquebrajamiento del régimen autoritario instalado en Brasil durante la década del sesenta.

Italia del eurocomunismo y del gran compromiso histórico sirvió como sendero a partir del cual se forjaron nuevas identidades de izquierda con posterioridad a los golpes.

La exploración de cada intelectual, de los distintos grupos de agentes, la incansante búsqueda de modelos con los cuales parangonar nuestros procesos, la traducción de reflexiones producidas en otras latitudes, provocó la utilización amplia y la peregrinación conceptual de los términos; contribuyó a que estas ideas le dieran sentido a los procesos políticos posteriores; hizo posible que cada agente llenara a ambas categorías con distintos contenidos y esperanzas a partir de sus prioridades argumentativas. Este proceso, fue menos eficaz en unos casos: para el análisis preciso en la política comparada, para la evaluación fundada de los rumbos políticos particulares, para evitar la homogeneización de realidades políticas distintas, para emplear los términos con rigurosidad analítica evitando el estiramiento conceptual. Y más efectivo en otros casos: para producir expectativas políticas, para revisar compromisos históricos, para hacer transiciones teóricas, para reconsiderar los fundamentos de programas de investigación en crisis.

Nuestra sospecha es que el resultado teórico que condujo desde la idea de revolución a la de transición y desde la de autoritarismo (término bajo el cual también se procesó cierta idea de socialismo) a la de democracia se nutrió de diversas cosas: las vivencias de los golpes; los derroteros generacionales; la evaluación de experiencias políticas recientes; el cambio de objetivos, estrategias o preferencias políticas; la participación de un clima de revisión marxista que se ubicó más allá de los países del Cono Sur; la emergencia de distintas instituciones académicas (universidades itinerantes, de las catacumbas) que permitieron el intercambio fluido entre intelectuales de distintas latitudes; los organismos internacionales que otorgaron lugares físicos o financiamientos a proyectos de investigación, y que delinearón pautas metodológicas para los trabajos, apoyando algunas líneas de investigación sobre otras.

La revalorización de la democracia política y la producción de la idea de transición a la democracia, se produjeron en un clima desconocido hasta el momento, en el que se cruzaron tragedias personales y colectivas; la indignación ante la violencia impuesta por los militares pero también frente a los propios errores. Ese camino teórico no fue simple, estuvo acompañado por el cruce de temporalidades institucionales, biográficas y grupales, en las que se internalizaron geografías, experiencias políticas e ingenierías institucionales diversas. La dramática situación impuesta por los exilios, la salida de los académicos al extranjero, el contacto más fluido entre ellos, la necesidad de generar espacios de trabajo fuera de las instituciones tradicionales, el intercambio de ideas entre intelectuales latinoamericanos y extranjeros (europeos y norteamericanos), el descrédito de antiguos relatos y el auge de nuevos se constituyó en una posibilidad. La de acuñar una idea que obró como bandera aglutinante de las aspiraciones proscritas por la dictadura y que, en este camino, modeló expectativas constituyéndose en productora de actores y de modelos de organización de la sociedad, en proyecto de reforma moral e intelectual, en objetivo deseable per se.

En lo que sigue, nos proponemos mostrar una posible historia de la producción y de revalorización de los términos democracia política y de transición a la democracia en el cono sur de América Latina. Esta historia, se dibuja a propósito de la ferocidad con la que se instalaron los regímenes militares y es inseparable de las condiciones que éstos les impusieron a las ciencias sociales, a sus instituciones y a los intelectuales de la región. Primero, relataremos el clima intelectual en el que se produjeron ambos términos. Segundo, mostraremos la constitución de dos grupos de intelectuales cuya identidad se forja más a partir de la producción de un nuevo vocabulario para hablar de la política y menos por ubicaciones institucionales comunes: la izquierda intelectual que revisa desde los términos de derrota y/o fracaso certezas ideológicas y pertenencias partidarias anteriores y los politólogos, que inician un proceso de contraste entre las hipótesis y los desarrollos teóricos –empíricos cercanamente pasados y los desenlaces presentes–.

2. Clima intelectual e innovación conceptual

Los últimos regímenes militares, impusieron mediante represión condiciones a las instituciones académicas y a las prácticas de los intelectuales dedicados a las ciencias sociales. Entre ellas, nos interesa resaltar: la intervención de las universidades públicas; la expulsión o cese de contrataciones de académicos que tenían labores de investigación y/o docencia en las universidades públicas y/o privadas; el exilio forzado, la migración o el silenciamiento a los intelectuales y restricciones a la publicación y/o circulación de escritos académicos críticos o disidentes. De esta manera, el trabajo de muchos científicos sociales se desplazó hacia espacios que se construyeron por fuera del Estado y, también, de las fronteras geográficas nacionales. En un contexto de fuerte lucha política, de desmantelamiento de las modalidades organizativas anteriores, de prohibición a la discusión pública, de persecución surgieron o se reforzaron instituciones privadas, otras de interés público no estatales, regionales o nacionales y prácticas informales o formalizadas al interior de las anteriores. Desde ellas, constituidas como universidades de las catacumbas,⁵ universidades itinerantes,⁶ foros de encuentro, grupos de discusión o paraguas institucionales, se logró mantener y/o ejercitar una reflexión crítica, una producción teórica disidente y/o alternativa frente a los temas de investigación que promovían los nuevos autoritarismos a través de sus sistemas oficiales. Estos espacios fueron heterogéneos: en los objetivos planteados, en los debates que en ellos se desplegaron, en la forma jurídica elegida, en el tamaño alcanzado, en el tipo de organización interna adoptada, en la recepción y distribución

⁵ Tomo prestado el término de Gregorio Klimovsky, «Grupos de estudio y universidad de catacumbas», en: *Perspectiva Universitaria*, 11/12, Buenos Aires, IECSE, 1982/1983.

⁶ Tomo el término de Adolfo Pérez Piera, «Prácticas sociales inno-

vativas durante el Uruguay autoritario. El caso de los centros de investigación en Ciencias Sociales», en: *Cuadernos del CLAEH*, N° 35, Montevideo, 1985.

de recursos materiales, simbólicos y económicos. Tampoco fueron homogéneos en la selección de líneas de investigación, en su relación con la producción de un conocimiento estrictamente apegado a criterios científicos o en la pertenencia disciplinaria de los intelectuales que los conformaron. Sin embargo, obraron como sitios en los que se reinstitucionalizó la comunidad académico-intelectual por fuera del Estado, de las universidades nacionales, de los consejos nacionales de investigación y de los países de origen, permitiendo el intercambio y la discusión de algunos problemas que gozaron de larga vida. Aquí, interesan aquellos espacios que se ocuparon específicamente del análisis y/o características de los nuevos autoritarismos y del tema democrático.⁷

Se puede describir cómo se coloca el tema democrático en la agenda de las ciencias sociales regionales destacando que, en el cruce entre décadas, se suceden seminarios, aparecen textos, grupos de discusión y revistas académico-culturales. La referencia a la conferencia regional realizada en Costa Rica en el año 1978 es central. Como también lo es el papel cumplido por el Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales en el ambiente intelectual regional. Éste facilita el intercambio académico, gestiona becas, congrega diversos grupos de trabajo, impulsa la publicación de textos académicos, reúne a los centros e institutos de investigación más representativos de América Latina y organiza seminarios y congresos. CLACSO, cumplió la función de universidad itinerante, es decir, se constituyó en un espacio propicio para la circulación de la comunicación intelectual a través de América Latina y de ésta con el resto del mundo académico, albergando, propiciando y patrocinando el trabajo de intelectuales de diversas tendencias teóricas y de trayectorias heterogéneas. No se puede aquí, reseñar los numerosos ejemplos que podrían citarse. Sin embargo, no se puede dejar de mencionar la revista *Crítica y Utopía* que, desde 1978, puso en el centro del debate la caracterización de los autoritarismos, los problemas relacionados con la transición a la democracia y toda una red de temas y conceptos vinculados a ella que circularon y se divulgaron más allá de América Latina.

También es importante considerar la realización de otras reuniones académicas, algunas de las cuales nos envían lejos de las fronteras regionales. En un caso, se pueden resaltar algunos seminarios que tienen lugar en México. En 1980, en Morelia (Michoacán) el organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México que puso en el centro del debate el concepto de hegemonía y que, posteriormente, fue compilado por Julio Labastida.⁸ En 1981, en la ciudad de México, el realizado por el Departamento de Estudios Políticos del Centro

⁷ Estas reflexiones son provisionarias. Estoy trabajando estos temas en la beca postdoctoral del CONICET y con un subsidio que me otorga el IDES. Se puede consultar, Hilda Sabato, «Sobrevivir en dictadura: las Ciencias Sociales y la *universidad de las catacumbas*»; y Carlos Altamirano, «Régimen autoritario y disidencia intelectual: la

experiencia argentina», en: Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens, 1996.

⁸ Julio Labastida (coord.), *Hegemonía y Alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985.

de Investigación y Docencia Económica y que fuera compilado por Juan Enrique Vega.⁹ En otro caso, se puede citar el seminario realizado en Roma, en 1980, por la Libera Università Internazionale degli Studi Sociale, y que fuera compilado en el libro *Los Límites de la Democracia*¹⁰ y el congreso realizado en 1985 en Ferrara, Italia que tuvo como motivo el pensamiento gramsciano. Los ejemplos escogidos no agotan las referencias y para esto vale tener en cuenta los numerosos textos, generalmente editados como compilaciones, en donde se pueden encontrar las alusiones explícitas que indican el congreso o el seminario que le dieron origen.¹¹

Entre las instituciones, es importante resaltar los centros de investigación en ciencias sociales privados o no gubernamentales nacionales (Ej. Argentina, CEDES, CISEA; Chile, CIDE, CIEPLAN; Uruguay, CLAEH; Brasil, IUPERJ), los centros de investigación regionales con sedes en algunos de los países (Ej. CLACSO, FLACSO), los foros y otro tipo de grupos (Ej. IDES, Argentina; Grupo de Discusión Socialista, México). Las prácticas innovadoras, que permitieron la circulación de discusiones relacionadas con la naturaleza del autoritarismo, con las posibilidades de una transición a la democracia y el intercambio de nuevos temas y problemas planteados tanto en el exilio como en otros contextos intelectuales, fueron: la publicación de revistas de circulación nacional (Ej. Argentina: *Desarrollo Económico*, *Punto de Vista*; Chile: *Chile/América*, *Alternativa/Opciones*, *Estudios Públicos*; Uruguay: *Cuadernos del CLAEH*); las revistas publicadas en México o Perú pero con debates acerca de la política regional o nacional (*Controversia*, *Nexos*, *Mexicana de Sociología*; *¿Qué Hacer?*, *Socialismo y Participación*); las revistas de circulación regional con fuerte presencia de científicos sociales argentinos, chilenos y uruguayos (*Crítica y Utopía*); revistas publicadas en Europa y que le dieron un lugar importante a los problemas del Cono Sur (Ej. *Plural*, Alemania; *Mondoperaio*, Italia; *Amerique Latine*, Francia; *Zona*, España).

Por último, los espacios alternativos que funcionaban dentro de los países o en el exilio y, desde los cuales se generaron importantes intercambios de experiencias entre intelectuales, son: los grupos de discusión o de trabajo (Ej. los de CLACSO); la organización de seminarios, congresos y jornadas (casi siempre realizados en Costa Rica, Venezuela, México y con el auspicio de países europeos); los programas de investigación financiados por fundaciones extranjeras (Ej. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Fundación Ford, F. Ebert) y ciertas políticas de publicación de países latinoamericanos, entre los que cabe destacarse México (Ej. *Cuadernos de Pasado y Presente* editados por Siglo XXI bajo la dirección de José Aricó o la revista *Mexicana de Sociología* publicada por Julio Labastida desde el Instituto de Investigaciones de Ciencias Sociales). Dependiendo de cada contexto nacional y de los focos temáticos

⁹ Juan E. Vega, (coord.), *Teoría y Política de América latina*, México, Libros del CIDE, 1982.

¹⁰ VV.AA., *Los límites de la democracia*, 2 vol., CLACSO, 1985.

¹¹ Por ejemplo el libro compilado por Norbert Lechner, *¿Qué significa hacer política?*, Lima, DESCO, 1982. La colección del 25

aniversario FLACSO, entre ellos VV.AA., *América Latina: Desarrollo y Perspectivas democráticas, 1982*; *Autoritarismo y alternativas populares en América latina*; *Centroamérica: condiciones para su integración*; *América latina: Ideología y Cultura*; *América latina: Etnodesarrollo y etnocidio*.

en los que se especializan, los centros de investigación cumplieron un rol político importante como el de formar especialistas que luego serían dirigentes políticos de cada país (Ej. F. H. Cardoso); expresaron a los partidos políticos prohibidos (ICHEH, Grupo de los 24 expresión de la Democracia Cristiana chilena); generaron discusiones que fueron relevantes para el proceso de liberalización o transición política (Ej. Grupo de los 24 en Chile donde se debatieron las estrategias que se debían presentar ante la Constitución propuesta por Pinochet; la CONAPRO en Uruguay, donde los centros de investigación convergieron en las discusiones con los partidos políticos y los movimientos sociales); influenciaron a la clase política (Ej. la Concertación chilena como idea y proyecto político fue un espacio de discusión de las estrategias de intelectuales y políticos).

El proyecto de investigación del Woodrow Wilson International Center for Scholars titulado «Los períodos de transición posteriores a los gobiernos autoritarios: perspectivas para la democracia en América Latina y Europa Meridional», exige una particular atención. El programa latinoamericano del centro se creó en 1977 y, en 1979, comenzaron las investigaciones que fueron publicadas en inglés en el año 1986 y, en 1989, en español bajo el nombre de Transiciones desde un gobierno autoritario.

Estas instituciones y prácticas académicas posibilitaron la producción de un léxico compartido en las ciencias sociales a través del intercambio de experiencias y de ideas entre intelectuales y/o académicos latinoamericanos y extranjeros. Este proceso, se transformó en la ocasión para que los agentes asumieran nuevos papeles, lo cual fue progresivamente «desprovincializando»¹² a las ciencias sociales latinoamericanas y a algunos de sus intelectuales. En este proceso se desdibujaron las fronteras político-partidarias y, un poco más tarde (con mayor o menor fuerza en algunos países del Cono Sur) se produjo una intelectualización de la política o una relación estrecha entre saberes y política.

3. Intelectuales y gestación de un vocabulario

Las instituciones y prácticas reseñadas tienen un significado mayúsculo en la circulación e intercambio de las ideas y en el uso de un vocabulario construido a través del prisma de la democracia política. Sin embargo, la conformación de los grupos de intelectuales que interesa describir se debe más a la gestación y empleo de un conjunto de términos comunes, por su común identificación con los conceptos clave de democracia política y de transición a la democracia, que por una homogénea pertenencia institucional. De todas maneras, se puede decir que el tránsito teórico

¹² La expresión la tomo de Norbert Lechner, «El debate intelectual en América del Sur. De la Revolución a la Democracia», en: *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política*, Chile, FCE, 1988. Con ella quiero decir que, los debates y algunos intelectuales, se desligarían de la subordinación del partido, de la presión de la

acción armada, de la idea de «proletarización» de su oficio y dada la circulación que los financiamientos, becas, exilios, jornadas permitían se logró poco a poco, incorporar nuevas discusiones que surgían de y con la nueva situación.

de la izquierda intelectual se ubicó más en la FLACSO (sedes Santiago y México); en CLACSO y algunos de sus grupos de discusión o programas; en el Grupo de Discusión Socialista; en el periódico *Controversia*; en la revista *Crítica y Utopía* y en otras publicaciones como *Socialismo y Participación*, Chile/América, *Alternativa* y *¿Qué Hacer?*. Mientras tanto, las reflexiones politológicas, tuvieron como escenario publicaciones realizadas en Estados Unidos como *Latin American Research Review*, programas ubicados en el mismo contexto como el del Woodrow Wilson International Center for Scholars y sus papeles de difusión; algunos grupos de discusión de CLACSO (Ej. Estado y Política) y su revista y, también, Mexicana de Sociología. Quizá, este sea el momento propicio para aclarar que la producción y revalorización de estas ideas se ubica en un complejo entramado de instituciones, geografías e intelectuales.

En esta historia surgida de una situación de catástrofe política, las fronteras geográficas en donde se logra esta producción intelectual se vuelven difusas. Participan chilenos, argentinos, uruguayos, brasileros, mexicanos (y, también, europeos y norteamericanos). Estos intelectuales no tienen formaciones académicas homogéneas (sociólogos, politólogos, filósofos, abogados, doctores en letras), otros no han formalizado estudios en la universidad, pero en todos los casos, se cruzan los límites disciplinarios. Algunos participan en ambos debates (el de la izquierda intelectual y el de los politólogos), otros tienen la misma formación pero no escogen como interlocutores argumentativos a las izquierdas o al conjunto de producciones politológicas que, en este contexto particular, acompañan las transformaciones de los estudios latinoamericanistas en EEUU.¹³ Intentando otra caracterización, se podría decir que ambos agrupamientos comienzan a reconocer que, entre la labor científica y la política, puede haber fronteras. Frente a los apremios de la situación institucional presente, aunque conciben a la práctica académica como una tarea independiente,

¹³ No es sencillo nombrarlos. Haremos una delimitación *grosso modo* que no quiere ser exhaustiva, sino que busca en cambio la supervivencia de pensamientos individuales. Por un lado, y enfocando sobre los casos de Argentina y Chile, del lado de la izquierda intelectual estarían E. de Ipola, J.C. Portantiero, J. Aricó, A. Flisfisch, T. Moulián, J.J. Brunner, N. Lechner. Por el lado de los politólogos: G. O'Donnell, M.A. Garretón, M. Cavarozzi, L. de Riz, A. Valenzuela y F.H. Cardoso. Sin embargo, como dijimos arriba, las delimitaciones son gelatinosas porque sus formaciones no son homogéneas, sus pensamientos varían de acuerdo a diferentes cuestiones («tradiciones», lecturas, formaciones). Por ejemplo, Manuel A. Garretón participa en ambos debates. A. Flisfisch participa en los debates de la izquierda pero emplea un vocabulario impregnado por la politología. N. Lechner es un intelectual central, y es esa especie de «rara avis» que nutre las discusiones con el pensamiento alemán, análisis sobre la vida cotidiana y que tiene la capacidad metateórica de conceptualizar procesos que se llevan adelante en la región y

en Chile. Entre los argentinos exiliados o radicados en México las caracterizaciones deberían abrirse. Por ejemplo, los marxismos de Portantiero, de Ipola y de Aricó son diferentes. Todos leen a los italianos, pero es Aricó el que tiene un interés marcado por Gramsci, mientras que de Ipola se ha formado en una tradición francesa y estructuralista. Por este lado, también están aquellos que participan del debate de la izquierda intelectual pero que están repensando otras experiencias políticas como por ejemplo, Oscar Terán. También deberíamos diferenciar a nuestra izquierda intelectual del conjunto de intelectuales incluidos en el Grupo de Discusión Socialista o en el periódico *Controversia*, por ejemplo, R. S. Caletti, H. Bufano, N. Casullo. No deberíamos dejar de mencionar el papel no académico pero sí intelectual cumplido por Jorge Tula entre el grupo de los radicados en México. Y, por último, hay que subrayar la participación de otros intelectuales que fueron centrales para el emprendimiento y gestión de proyectos (Ej. Francisco Delich) o para nutrir discusiones (Ej. José Nun, Ernesto Laclau).

la sobrecargan de expectativas. Así, ninguno de ellos puede ser colocado dentro de la separación binaria de intelectuales generalistas o técnicos. Al menos, hasta los primeros gobiernos constitucionales, la influencia se da en el nivel de las ideas que introducen en el debate intelectual. La izquierda, interviene en las discusiones desde un género particular: el ensayo. En donde existía, eso significa retomar una historia local.¹⁴ Pero fundamentalmente, responde a un tipo de reflexión autorreferencial, que coloca en primer lugar la crítica a los fundamentos de sus anteriores programas marxistas. Estos intelectuales ponen sobre el tapete ciertas metáforas clásicas de la filosofía política. Sin embargo, este retorno no se constituye en un proyecto explícito sobre la necesidad de fortalecer una dimensión específica dentro del campo de los estudios politológicos o de establecer alguna controversia entre ciencia y filosofía. Las preguntas sobre el ejercicio de la soberanía, los límites del Estado, la ética que debe organizar o delimitar la acción política y el lenguaje ilustrativo ordenado por opuestos pedagógicos tales como amigo/enemigo, política/antipolítica, guerra/pacto, se traen por otros motivos. Fundamentalmente, por la necesidad de darle respuestas a las urgencias políticas del momento y se fusiona con el vacío en que los había dejado la crisis del vocabulario marxista que, en el pasado reciente, les había dado una identidad como personas, militantes e intelectuales.

Los politólogos, se identifican por la utilización de un léxico mucho más especializado, que se ordena alrededor de términos ligados al pluralismo liberal y al institucionalismo. En este camino, se adoptaron categorías analíticas vinculadas a un marco teórico político–estratégico y que gozaron de larga vida en la ciencia política regional. La especial preocupación por analizar y contrastar procesos políticos propios y ajenos no los sumió en la total indiferencia frente a las próximas políticas estatales y/o gubernamentales, pero hubo un reconocimiento de la autonomía funcional de su vocación como científicos. De este lado, se tuvo un cuidado específico por diferenciar la producción apegada a criterios disciplinarios de las apuestas políticas y las elecciones ideológicas personales. Aunque la profesionalización y la creación de patrones pautados de carrera no hayan podido congelar la utilización de juicios de valor.

4. El tránsito teórico de la izquierda intelectual

No nos interesan todos los dilemas que se les presentaron a las izquierdas con posterioridad a los golpes.¹⁵ Sólo queremos destacar a un grupo de intelectuales que, transformando la valoración de antiguos términos, reflexiona sobre el socialismo como profundización de la democracia, entendiendo que el avance de la organización popular no puede hacerse sin antes recuperar los contenidos del Estado de Derecho.

¹⁴ Para Argentina consultar: Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de una izquierda intelectual en Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.

¹⁵ Consultar Robert Barros, «Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina», en: *Revista Zona* 39/40, abril/setiembre, 1986.

Los regímenes militares se convierten en la experiencia inmediata que permite que tanto ideas como prácticas pretéritas se evalúen como los errores cometidos que condujeron a la instalación de las dictaduras y no a la sociedad socialista en la región. Ubicados en México, muchos de estos intelectuales proponen transformar «la melancolía, la frustración y la nostalgia» del exilio, en una «experiencia positiva».¹⁶ La revisión del pasado se realiza desde la palabra y el sentimiento de fracaso o de derrota del proyecto. Este proceso invita por un lado, a la reconsideración de las experiencias político-partidarias y, por el otro, a una reflexión sobre la reconstitución de una teoría política.¹⁷ Con el primer paso se someten a examen y discusión las «perspectivas concretas que asume la lucha por la construcción y el desarrollo de una alternativa socialista».¹⁸ Sin embargo, el segundo se constituirá en la apuesta más fuerte.

La instalación de las dictaduras aceleraron y profundizaron el proceso de crítica a los marxismos que anclaban sus raíces en tradiciones clásicas. Así, al principio del fin de la bipolaridad se le sumaron la desmitificación de la imagen de las sociedades de tipo soviético; la crisis de los modelos de Estado de Bienestar en los países europeos; el agotamiento de las recetas nacional-populares en los países latinoamericanos y la búsqueda de nuevos insumos que dotaron de bríos a la larga crisis teórica en la que se encontraba el marxismo-leninismo en donde las reflexiones sobre el eurocomunismo (como ideología política, como mirada sobre el mundo y como paradigma teórico) tuvieron un lugar importante. En esta tarea, el grupo revisa algunos temas clásicos del socialismo y del liberalismo a través de la democracia. Ella se convierte en un término clave para reevaluar experiencias teóricas y políticas y será usada como conquista histórica a través de la que se dotará de sentido a proyectos futuros.

Esta tendencia intelectual de izquierda, somete todo el vocabulario marxista a crítica y lo resemantiza a la luz de la democracia representativa. Así, se inaugura una preocupación por revisar los fundamentos de los programas marxistas que anteriormente los habían convocado (contra el reduccionismo economicista y de clase; contra un sujeto motor de la historia; contra la reducción del conflicto social al político; contra la idea clásica de partido socialista). De esta manera, ponen énfasis en la recusación de su propia ortodoxia anterior y en la crítica a la permanencia de alguna izquierda (intelectual o partidaria) con rasgos «anacrónicos». En este proceso se preocupan más por trazar características propias que en contestar a las nuevas versiones teóricas y políticas «neoconservadoras» o en convertir a los regímenes militares en objeto de estudio. Y es esto lo que los caracteriza como agrupamiento,

¹⁶ Editorial del periódico *Controversia*, N° 1, México, octubre, 1979.

¹⁷ *Ibidem*. Consultar Nora Rabotnikof, «El retorno de la Filosofía Política: notas sobre el clima teórico de una década», en: *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, 4/1992.

¹⁸ *Ibidem*.

al permitirles la construcción y utilización de un léxico común. Este, se produce yendo más allá de la unidad que genera la demanda democrática en oposición a los nuevos autoritarismos y remite a una reflexión autorreferencial: se privilegia la discusión identitaria de la izquierda y se someten a crítica tanto las proposiciones más generales como las estrategias y tácticas puntuales.

Las palabras de esta tendencia también se gestan por la adopción de insumos teóricos que, además, colaboran con el desalojo de los términos marxistas empleados con anterioridad a los golpes. Por un lado, esto será de utilidad para diferenciarse de otras izquierdas, principalmente las que siguen oponiendo democracia liberal y socialismo revolucionario. De esta manera, leen con otros ojos y se identifican con Antonio Gramsci. Recuperan a pensadores socialistas hasta ayer denostados (Luxemburgo, Bernstein, Kautsky). Se acoplan a las críticas del eurocomunismo latino, intercambiando discusiones con quienes protagonizan los debates teóricos del eurocomunismo en la Europa del sur (Christine Buci–Glucksmann, Fernando Claudín, Ludolfo Paramio, Giacomo Marramao). Invitan a sus publicaciones y grupos de reflexión a agentes provenientes de otras izquierdas que llegan de otros contextos intelectuales o que residen en los mismos (peronistas de izquierda, ex nacionalistas revolucionarios, etc.). Leen desde nuevos interrogantes a intelectuales ajenos a la tradición socialista (Weber, Schmitt, Foucault). Muchas de estas nuevas categorías nacen de la mano de la valoración positiva de las viejas preguntas de la Filosofía Política, las que ahora serán formuladas y respondidas a través del término democracia. De esta manera, ciertos problemas toman fuerza en la agenda de esta intelectualidad: los límites jurídicos al poder del Estado; el ejercicio de la soberanía; el hombre como titular de derechos inalienables; la importancia de las instituciones políticas.¹⁹

En fin, la pregunta por cómo revalorizar lo que escasos años atrás había sido considerado una «máscara de dominación burguesa»²⁰ que restrinja las posibilidades de regresión autoritaria y que a la vez permita la incorporación de componentes igualitarios a la democracia procedimental. Por otro lado, esto conformará un campo semántico que será propicio para que este grupo converja con otras tendencias políticas y teóricas con las que pocos años atrás se había enfrentado, algunas de las cuales habían insistido desde hacía mucho tiempo en la posibilidad de convivencia entre el capitalismo, la democracia y, en pocos casos, el socialismo.

La democracia habilita la creación de una nueva identidad de izquierda quien pone en primer plano el cómo sobre el quién ejerce la soberanía y se emplea como categoría

¹⁹ Cecilia Lesgart, «El tránsito teórico de la izquierda intelectual en el Cono Sur de América Latina. ¿Reforma moral e intelectual o liberalismo político?», en: *Revista Internacional de Filosofía Política*, N° 16, México, UAM/UNED, diciembre, 2000.

²⁰ Tomo prestado el término de Robert Barros, op. cit.

mediante la cual se establece un piso común para el establecimiento de garantías que impidan la arbitrariedad del ejercicio del poder de los nuevos autoritarismos. De esta manera, la democracia representativa, permite pensar en un conjunto de reglas para la constitución del gobierno y la formación de las decisiones colectivas. Aquí, juega un papel importante como ajuste de cuentas con la anterior ética de la convicción (el militarismo, la lucha armada, el espontaneísmo) y con la Filosofía de la Historia (el inexorable camino hacia la sociedad socialista). Mientras tanto, la democracia entendida como reforma moral e intelectual es el concepto de movimiento que, en el espacio de la política –como actividad teórica o práctica– tiene el papel de promesa que ha de cumplir con una nueva historia. Así utilizada, la democracia se construye como el núcleo hegemónico de la nueva política, operando como la caja vacía en la que se pondrán todas las esperanzas que el futuro deberá cumplir como proyecto de sociedad. Y le impondrá a la idea democrática la misión de ser una opción política que se construirá como productora de sociedad.

De la revolución a la transición y del socialismo a la democracia el tránsito teórico de esta izquierda empleará a la democracia con una máxima capacidad expresiva; sin preocuparse por evitar el estiramiento del término ni por acotar su utilidad analítica. Servirá como valor límite frente a la muerte; para delimitar convicciones y responsabilidades; para pensar la política con «espíritu de gobierno» y para construir un proyecto de reforma cultural en sentido amplio. Ella fue un horizonte de expectativas frente a los nuevos autoritarismos y resignificó la identidad de izquierda anterior a los golpes.

5. Los politólogos y el surgimiento de un nuevo campo de estudio

El proyecto coordinado por Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead,²¹ convirtió el concepto democracia política en el objeto de estudio de la ciencia política de una década por abrirse. De él participaron latinoamericanos, latinoamericanistas y otros especialistas en temas relacionados con el cambio político y mediante él se gestó una línea de investigación para la política comparada: las transiciones. La gran pregunta instalada por esta primera generación de estudios y estudiosos de las transiciones, versó sobre las posibilidades de un régimen político de recorrer un camino desde el autoritarismo a la democracia.

A un nivel general, el arribo temático fue posible por la instalación de los regímenes militares dentro y fuera de la región y por el descrédito definitivo hacia los cambios violentos. Para algunos de estos intelectuales, este resultado fue el comienzo o el fin de un debate subterráneo entablado desde hacía una década o a partir de los golpes con algunas izquierdas. Sin embargo, a un nivel particular, la producción teórica se produjo debido a una historia interna de la disciplina y por el cruce de objetos de

²¹ Y del que, en sus orígenes, participara Albert Hirschman.

estudios nuevos y en retirada, por visiones sobre el cambio político que entraban en desuso y por hipótesis teóricas que eran contrariadas por procesos histórico-políticos. Este proceso teórico dibujó un trayecto: desde el Estado al régimen político, desde los requisitos necesarios para el establecimiento de la democracia a la democracia política como objetivo deseado por sí mismo, desde el privilegio de las variables económicas al de la dimensión política.

En el año 1960, el campo de los estudios comparados sobre América Latina estaba viviendo su infancia.²² La pregunta sobre su existencia como unidad problemática no era ajena al pensamiento intelectual de la región. Sin embargo, la aparición de las disciplinas modernas al interior de las ciencias sociales y sus instituciones cambió el rumbo de las investigaciones, el trazado de problemas y su tratamiento metodológico. Hasta bien entrada la década tampoco en Estados Unidos hubo universidades que contaran con programas de estudio sobre la región; eran escasos los textos que la consideraban como problema y los departamentos de ciencia política no ofrecían cursos sobre el área. En esos tiempos la política comparada era, para el país del norte, el estudio de Asia y África o de todo aquello que no fuera él mismo, así involucrara un solo caso. La revolución cubana transformó este hueco aunque las preocupaciones se ordenaron sobre las implicancias que ésta podía tener para la política de Estado norteamericana.

El enfoque de la modernización hizo que los comparatistas comenzaran a tener en cuenta a la región y que la politología norteamericana la integrara de manera incipiente dentro del campo de sus preocupaciones. Las referencias a ella, se concentraron en unos pocos papers y monografías que describían ciertos grupos y comportamientos dentro del eje tradicional/moderno (iglesia católica, partidos políticos, grupos de interés). Los trabajos sobre la dependencia marcaron otro rumbo. Ya no fueron los intelectuales americanos quienes propusieron conceptos producidos en otros contextos o lógicas analíticas acuñadas para sus realidades políticas y sociales. Fueron los latinoamericanos quienes, formulando severas objeciones a las teorizaciones sobre el desarrollo, produjeron un nuevo campo de reflexión que fue adoptado bastante acríticamente y consumido desmedidamente por la academia norteamericana. Gran parte de la intelectualidad regional utilizó la idea como consigna de denuncia y la transformó en una bandera de lucha. Fue con el trabajo de Guillermo O'Donnell sobre el Estado Burocrático Autoritario que América Latina se volvió un área relevante para los estudios comparados. La creciente bibliografía producida para aplicar o criticar aquella categoría mostró el reposicionamiento de Latinoamérica en la agenda de la política comparada. Proceso que debe pensarse paralelamente a un cambio en el perfil de algunos intelectuales, el nacimiento de la figura del científico social y de

²² Consultar Arturo Valenzuela, «Political Science and the Study of Latin America», en: Christopher Mitchell (ed.), *Changing Perspectives in Latin American Studies. Insight from six disciplines*, Stanford University Press, 1988.

una generación de latinoamericanos que se formó en otros contextos intelectuales o que se nutrieron con nuevas tradiciones de pensamiento.²³

Entre 1973 y 1981 aparecieron varios textos que intentaban realizar un «estado del arte» sobre el Estado.²⁴ Casi todos ellos, coincidían que aún era un área vacante para la reflexión académica y que, las discusiones tejidas alrededor de él, no estaban saldadas. A pesar de esto, se decía que era necesario hacer una síntesis y un balance de su camino como objeto de estudio, puesto que el recorrido de las últimas décadas había hecho complicado separar las construcciones teóricas realizadas con cierta distancia científica de las calificaciones empleadas en tono de consigna o de las categorías políticamente connotadas. Sin embargo, el reposicionamiento de la cuestión Estado acompañada de la categoría burocrático autoritario y la emergencia de una nueva ola de autoritarismos, empezaron a transformar los puntos de apoyo de los análisis políticos. Especialmente, porque una de las principales hipótesis del enfoque de la modernización era desafiada por los procesos en marcha: el desarrollo de las condiciones sociales, económicas, culturales no parecía conducir a la estabilidad de un régimen político democrático y, por el contrario, podían coincidir con la instalación de regímenes políticos de signo contrario.

Los diagnósticos arrojaban varias conclusiones. Por un lado, que la política había quedado amarrada a otras variables y había sido explicada a partir de ellas. Es decir, había sido considerada una variable dependiente del desarrollo social, cultural, y principalmente, económico. A partir de aquí, se iniciará una aguda reflexión acerca de los límites del economicismo para explicar la política y de los alcances de la política considerada como una variable autónoma.

Por otro lado, la acuciante situación política de los países de la región y la disponibilidad de la categoría burocrático autoritario pusieron sobre el tapete un programa de reflexión centrado en el nuevo autoritarismo: los motivos de su emergencia, sus características, sus rasgos distintivos con respecto a situaciones pasadas o existentes en otras geografías, sus alcances. De esta manera, la categoría burocrático autoritario hizo que el Estado, que seguía siendo un foco de especial interés para los intelectuales latinoamericanos provenientes de distintas tradiciones de pensamiento, se transformara más en un debate sobre la naturaleza del nuevo autoritarismo que en un replanteo agudo sobre el Estado. De manera paralela, se llevaron a cabo fuertes controversias alrededor del trabajo de Guillermo O'Donnell. Las críticas a esta construcción teórica hicieron que, desde principios de la década del ochenta, el término

²³ Para Argentina consultar: Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991; para Chile José Joaquín Bruner, *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*, Chile, Flasco, 1988.

²⁴ Guillermo O'Donnell, *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley, 1973; David

Collier (comp.), *New authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1976; G. Malloy, *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1977; Norbert Lechner (comp.), *Estado y Política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981; Juan Linz y Alfred Stepan (comps.), *The breakdown of democratic regimes*, 2 tomos, London, Baltimore, 1978.

Estado dejara de considerarse útil para pensar el cambio político.²⁵ Progresivamente, el Estado, como objeto de estudio y como categoría de excelencia para explicar el cambio político, es desplazado por el término régimen político, que parecía contribuir al descentramiento de las concepciones estatista e instrumental de la política.

El uso de la categoría régimen político, otorgó la posibilidad de explicar la política mediante un vocabulario estratégico y atento a actores e instituciones con el que se introdujeron palabras tales como quiebres de la democracia, consolidaciones, reequilibrio de regímenes políticos, élites, partidos políticos, liderazgos democráticos, oposición leal, desleal, maximalista. También desafió la idea misma de cambio: de la transformación del tipo de Estado, de la alteración del sistema capitalista, de la inversión del tipo de dictadura a la transición entre regímenes políticos, los cuales podían variar dentro de un mismo tipo de Estado. Por seguir, el cambio político dejaba de subordinarse a las fases de acumulación y se abandonaba la premisa de que el Estado capitalista dependiente imposibilitaba la institucionalización de regímenes democráticos. El Estado (capitalista y dependiente) podía coincidir con una variedad de regímenes políticos (autoritario, totalitario, democrático, fascista).

Del Estado al régimen político, de la política como variable dependiente a su comprensión como variable autónoma: la adopción de estos enfoques teóricos permite que los politólogos latinoamericanos piensen menos en términos estructurales y más desde categorías institucionales y de términos estratégicos.²⁶ A partir de aquí, y una vez agotados los análisis sobre los nuevos autoritarismos (que habían vaticinado su durabilidad; descrito su naturaleza política, su componente personalista o caudillesco; planteado la tensión entre burocratización de las Fuerzas Armadas y el Estado militarizado) el ideal de la democracia política se instala como una gran y primera preocupación. La democracia será contrapuesta a lo autoritario, usada como sinónimo de poliarquía, deseada como un objetivo por sí mismo importante, acompañada del término transición y conceptualizada como tipo de régimen político. El último término la ayudará a des-connotarse de su capacidad de producir sociedad. Sin embargo, por ser empleada como el espacio señalado para el arribo de los procesos de transición, no perderá su cualidad de expectativa política. De este lado, en razón de comprender las múltiples maneras en que el tránsito podía producirse, la democracia política fue sometida a un proceso de estiramiento conceptual. Ambas cosas, la harán padecer tensiones que ni siquiera podrán resolverse con el posterior y constante ajuste de la teoría a la contingencia de los procesos históricos de tránsito.

²⁵ Las críticas a las nociones de lo burocrático autoritario están compiladas en David Collier (comp.), op. cit. Especialmente útiles fueron los debates de F.H. Cardoso y de D. Collier.

²⁶ El modelo de la elección estratégica para explicar el cambio político desde una variante de la perspectiva de la elección racional había sido tempranamente introducido por Albert Hirschman.

Sin embargo, los politólogos hicieron un gran esfuerzo analítico por tratar a la democracia como una dimensión operativa y transformar a la transición en un modelo de cambio. Éste, se construyó como tantos otros en la historia de la teoría política, es decir que se creó y se utilizó en un sentido genérico, con la aspiración de servir como esquema didáctico (que ordena, expone y asemeja lúdica o estéticamente) y explicativo (que compara lo teórico con lo empírico y lo extraño con lo familiar). A partir de su modelización, entendida como confrontación entre fórmulas de tránsito (Europa del sur y América Latina) y el posterior proceso empírico político de transición, la ciencia política en general y los estudios de área en particular, pudieron realizar avances cuanti y cualitativos. En este sentido, la democracia contribuyó a construir tipos ideales de tránsito. Estos se armaron como pronósticos sobre posibles recorridos o fueron sistematizados con posterioridad a que algunos procesos históricos se encontraran dentro de las llamadas transiciones: pactadas o acordadas, por reforma, por imposición, por revolución, desde arriba o desde abajo.²⁷

Convertida en macro modelo, la fórmula transición a la democracia procuró describir, explicar y evaluar una amplia gama de fenómenos.²⁸ Por lo que, poco tiempo después, ella se convirtió en marco de referencia conceptual omniabarcativo a través del cual se describieron y compararon diferentes sistemas políticos, aun entre procesos lejanos experiencialmente. Así, se nombraron con el mismo término los procesos políticos de Europa del sur (España, Grecia y Portugal) los que fueron comparados con los del Cono Sur en particular, y con los de América Latina en general. Esto abrió uno de los problemas más usuales y delicados de la política comparada: la peregrinación de modelos, el estiramiento conceptual en desmedro de la capacidad analítica de los términos utilizados.

Las primeras reflexiones en torno a las posibilidades de democratización de ciertas regiones del mundo (Europa meridional y América Latina) no fueron realizadas por latinoamericanos. Esto quiere decir que, no fueron los antecedentes descritos, los únicos motivos por los cuales un grupo importante de politólogos latinoamericanos y latinoamericanistas, produjeron la idea de transición a la democracia. Por lo menos, podemos reseñar dos más. El primero, entiende que este proceso fue posible por ciertos reajustes que, los estudios latinoamericanos, tuvieron dentro de la academia norteamericana. En este camino, hay que señalar el surgimiento de líneas de investigación novedosas y la aparición de algunos textos que obran como antecedentes. El segundo, está vinculado al cambio de objetivos teóricos y políticos de algunos de estos intelectuales los que, aun sosteniendo una profunda discusión subterránea con las metodologías empleadas por la izquierda, no sintieron prejuicios a la hora de incluirla en los debates.

²⁷ En la época, cada artículo, libro o programa de investigación propuso su propio modelo de transición. El texto más acabado es el de Terry Karl, «Dilemas de la democratización en América latina», en: Barba Solano, Barros Horcasitas, Hurtado (comps.), *Transiciones a la Democracia en Europa y en América Latina*, México, M.A.

Porrúa-FLACSO, 1991.

²⁸ Los macro modelos se diferencian de los micro modelos en que los segundos están destinados a explicar determinados aspectos parciales y definidos de la política. En Gabriel Almond, op. cit.

En cuanto al primer problema, un artículo escrito en 1970 por uno de los principales teóricos de la modernización llamado Dankwart Rustow y publicado en la *Comparative Politics Review*,²⁹ obró como una primera voz. Éste había propuesto tempranamente un modelo dinámico para pensar las transiciones a la democracia. Posteriormente, se constituyeron en antecedentes teóricos las innovaciones que habían sido promovidas por el proyecto que, iniciado en 1973, se convirtió en la primera compilación comparativa entre América Latina y otras áreas geográficas. Éste había sido realizado por Juan Linz y Alfred Stepan, con una fuerte participación de Arturo Valenzuela, y llegó a convertirse, posteriormente, en los volúmenes *The Breakdown of Democratic Regimes*. En cuanto a Juan Linz, no puede decirse que haya sido un latinoamericanista. Pero desde sus comienzos, se dedicó a investigar la quiebra de la democracia española desde una perspectiva sociológica comparada en la que empleaba el término autoritarismo como tipología de régimen. Así, uno de los textos que más circularon en esta época, fue *Totalitarian and Authoritarian Regimes*.³⁰ Sus escritos y sus intervenciones en las discusiones de los integrantes del proyecto del Woodrow Wilson Center fueron fundamentales para la confección de un léxico a partir del cual, los términos autoritarismo, derrumbe de la democracia, equilibrios y reequilibrios se incorporaron a las reflexiones de la región.³¹ Por último, obraron como antecedentes otros dos intelectuales Robert Dahl y Joseph Schumpeter. El primero, con sus libros *Un prefacio a la Teoría democrática* y *La Poliarquía*.³² El segundo, a través de *Capitalismo, Socialismo y Democracia*.³³ De estos textos, los intelectuales latinoamericanos se apropiaron del aspecto procedimentalista de la democracia política y, también de algunos derechos y libertades para los ciudadanos (el voto, las elecciones competitivas, la importancia de los partidos políticos, el rol del parlamento, la importancia de la opinión pública, la alternancia en el poder, la vigencia del Estado de Derecho, el respeto por los Derechos Humanos y por las libertades públicas).³⁴

En cuanto a la segunda circunstancia, es necesario señalar que, la preocupación de este grupo de intelectuales, también respondió a un cambio de preferencias teóricas y políticas. La presentación de la idea de democracia como objetivo deseable per se, no sólo fue producto de la observación del resquebrajamiento de los regímenes militares en algunos países fuera del área, tampoco estuvo solamente promovida

²⁹ «Transitions to Democracy. Toward a Dynamic Model», en: *Comparative Politics*, vol. 2, N° 3, abril, 1970.

³⁰ *Handbook of Political Science*, 1975.

³¹ Scott Mainwaring y Arturo Valenzuela, *Politics, Society and Democracy. Essays in honor of Juan Linz*, Westview Press, 1998.

³² Robert Dahl, *Un prefacio a la Teoría democrática*, México, E. Gernika, 1987 (edición en inglés de 1956); *La Poliarquía. Participación y Oposición*, México, Ediciones REI, 1993 (primera versión en inglés, 1971).

³³ J.A. Schumpeter, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, 2 tomos,

Argentina, Ediciones ORBIS, 1983.

³⁴ A mediados de la década del ochenta la literatura politológica comenzó una larga discusión sobre cómo no reducir el concepto mínimo de democracia a los procedimientos, especialmente a la continuidad de las elecciones. Consultar: P. Schmitter y T. Karl, «Qué es y qué no es la democracia», en: Larry Diamond y M. Plattner (comps.), *El resurgimiento global de la democracia*, México, UNAM, 1996. Guillermo O'Donnell, «¿Democracia Delegativa?», «Otra institucionalización», en: *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

por las investigaciones que obraron como antecedentes. En todo caso, también respondió al impacto personal y colectivo causado por las dictaduras más violentas y represivas de la historia de la región y por el descrédito que cobraron los cambios violentos. De aquí que la democracia, pensada en oposición a la evaluación de las causas que habían conducido a los autoritarismos, adquiriera valor en sí misma, se pensara como la elección del mejor régimen político (si existía la opción de organizarla políticamente). Así, la producción y la utilización de un vocabulario que los definió como grupo, se ordenó alrededor del pluralismo liberal y del institucionalismo, los que se constituyeron en los caminos teóricos a recorrer y en las apuestas metodológicas a desarrollar por la ciencia política de la década.

De esta manera, la politología puso en la agenda regional, algunas preocupaciones teóricas y modificaciones en la utilización del concepto democracia. Éste se acotó mediante el término régimen político y perdió gran parte del componente expresivo que lo había vinculado en exceso con la naturaleza de las relaciones sociales, con un estilo de vida, con una ética secular, con un tipo de cultura cívica, con un modelo de organización de la sociedad. Aquí, la idea de transiciones se precisó como el intervalo entre regímenes. A la vez, se definió como poliarquía y como objetivo deseable per se. El primer caso, le atribuía a la democracia ciertas cualidades a través de las cuales se evaluaría qué cerca o lejos se encontraba el tránsito de los parecidos de familia seleccionados para parangonar la experiencia. El segundo caso, convertía a la democracia en un horizonte de expectativas políticas y dejaba entrever el cambio en las intenciones políticas de un grupo de intelectuales.

A pesar de la pretensión de producir teoría con apego a criterios ordenados por el campo disciplinario, los politólogos no se libraron de los problemas de estiramiento conceptual, de la utilización de metáforas como recurso frecuente, de que la construcción de sus macro modelos se viera desafiada por la marcha de los procesos históricos que no parecían recorrer fácilmente el camino diseñado mediante la conceptualización universal y binaria autoritarismo/democracia. Sin embargo, de este lado, el desencanto con aquellas llegadas que no se ajustaban exactamente al modelo poliárquico, se procesaron en el futuro, de otra manera. Y condujeron a que la democracia ya no se considerara un arribo prístino sino una característica más dentro de un régimen político «con enclaves autoritarios», «débilmente institucionalizado», «con fuertes zonas marrones», «con déficit de accountability».

4. Reflexiones finales

Hacia el año 1978, la democracia comenzó a delimitar el espacio de los debates que la instalación de los regímenes militares y que el término autoritarismo habían provocado. El término, no era nuevo en el mundo de las ciencias sociales latinoamericanas, pero sus usos se transforman y su valoración se torna positiva.

Cuando en las décadas inmediatamente anteriores ella había entrado en escena habían sucedido diversas cosas. Aparecía adjetivada peyorativamente (democracia burguesa, formal); describía experiencias de otros países (Europa occidental o Estados Unidos); nombraba procesos latinoamericanos pasados referidos a la tradición de vigencia de las instituciones políticas (los casos frecuentemente citados eran Chile o Venezuela); aludía a mayores grados de igualitarismo (democracia sustantiva); se utilizaba para señalar alguna experiencia socialista (centralismo democrático); aludía a rutas políticas que, expresadas como consignas, se habían propuesto en Latinoamérica en un pasado cercano («vía democrática al socialismo»).

La democracia instala un léxico que, pocos años atrás, había sido negado, descartado o burlado por «burgués», «formal» o «liberal». En este caso, repobló el campo semántico de los científicos políticos y de la izquierda intelectual. Ahora, aparecía acompañada por nuevos términos (transición y régimen político) y por palabras extrañas en comparación con la terminología pasada (pacto, defensa de las instituciones, votaciones, libertades democráticas, garantías constitucionales, construcción de orden).

En un conjunto de textos latinoamericanos de la década del ochenta, la idea de democracia política y la de transición a la democracia se revalorizaron y construyeron conceptualmente antes que los procesos políticos a los que ellas le dieron el nombre. De esta manera, la aplicación de ambos conceptos, suscitó la unificación semántica de experiencias empíricas distintas correspondientes a diversos casos y regiones geográficas. En este caso, la democracia política y la transición a la democracia fueron utilizadas antes que nada como categorías que delimitaron el pasado y que construyeron un horizonte de expectativa. El término autoritarismo, se usó de manera general, aludiendo a diversas situaciones: Estado Burocrático Autoritario, regímenes militares, caudillismo, componentes personalistas y, más tarde, sociedades de tipo soviético. La categoría democracia política, se definió por contraste con aquellos procesos políticos de los que se aspiraba a salir; por identificación con ciertos modelos de regímenes políticos o por el establecimiento de valores normativos a los que se deseaba parecerse (la poliarquía, la democracia representativa). El concepto transición a la democracia se construyó y utilizó para nombrar el resquebrajamiento de algunas de las características que se señalaban como propias de regímenes políticos opuestos a los democráticos y se produjo por oposición al tipo de cambio de los procesos revolucionarios o por diferencia al énfasis no político de las teorizaciones de la modernización.

El empleo de estas palabras, fue amplio y expresivo. Los significados construidos heterogéneos y analíticamente ambiguos. Las diferentes descripciones que se le agregaron, las convirtieron en términos evaluativos-descriptivos y omniabarcativos. En todos estos sentidos, el autoritarismo, la democracia política y la transición a la democracia tuvieron más valor histórico por su fuerza impulsora de nuevas realidades (teóricas y políticas) que por un riguroso y sistemático trabajo analítico y conceptual

en la ciencia política en particular y en las sociales en general.

Los problemas de ambigüedad conceptual, de poca claridad analítica, de utilización de palabras para aprobar rumbos deseados o condenar pasados, también se relaciona con otro registro teórico con el que se construyó la idea de transición a la democracia y se recuperó la de democracia política. En este caso, con la tensión entre las experiencias y las expectativas. El uso de la democracia política y la producción de la idea de transición a la democracia se relaciona con las experiencias «fracasadas», «derrotadas», no constatadas empíricamente y con las esperanzas que se construyen por oposición a esos futuros pasados que no pudieron cumplirse. Experiencias y expectativas, recuerdo y esperanza delimitan la peculiar conflictividad de la producción de la idea de transición a la democracia, de democracia política y la utilización de los conceptos contrarios autoritarismo/democracia y revolución/democracia. Con la tensión entre el campo de las experiencias y el horizonte de las expectativas se abandonan ideas y conceptos que habían caracterizado los debates latinoamericanos en décadas anteriores, produciéndose otras capaces de delinear el futuro próximo. Así, la construcción y recuperación de la transición a la democracia, de la democracia política y de una familia de términos se dibujan a partir de tensiones subjetivas, autorreferenciales, personales (recuerdo y esperanza) y objetivas tales como ciertos procesos políticos novedosos, nuevos insumos académicos o teóricos (experiencias y expectativas). Por ello, no fueron la culminación inevitable de un proceso teórico al que se llegó por un proceso de madurez política, de profesionalismo académico, de solidez intelectual. En todo caso, son el resultado de experiencias teóricas y políticas que no se cumplieron, a las que se evaluó como erróneas, que se vivieron desde el sentimiento de fracaso, que fueron desafiadas por procesos políticos diferentes.

De todas maneras, ellas se constituyeron en conceptos efectivos puesto que a su alrededor y a la luz de las redefiniciones que sobre las concepciones de la política éstas impulsaban, se convirtieron en un campo semántico propicio para que en él confluyeran diversas expectativas políticas. Con la utilización de estos términos se logró una división de grupos contrarios (autoritarios y demócratas) lo que resultó políticamente oportuno para crear rápida, clara y pedagógicamente una nueva imagen del mundo. En este sentido, esos conceptos no se restringieron a penetrar la agenda de las ciencias sociales regionales. Es decir, fueron eficaces como promotores de identidades grupales, tanto en el mundo científico como en el político.

Todos estos términos mostraron su capacidad para disponer a la voluntad a comprometerse y a tomar posición en el terreno de las ideas y también su disponibilidad para ordenar las producciones teóricas a través de las cuales se puede incurrir en grandes homogeneizaciones.

Hay momentos políticos adversos (y este es uno de esa naturaleza) en que los conceptos se constituyen en herramientas de combate y su valor reside aquí más que allá. Por eso, la democracia significó en estos países y para algunos intelectuales la

reivindicación de la vida frente a la muerte; se constituyó en un valor límite a partir del cual pensar lo no querido –el autoritarismo– o en lo derrotado como proyecto de sociedad –la revolución socialista–; la consigna en la que se consensuaron las más variadas expectativas sobre el futuro; la palabra que ayudó a reunir fuerzas para luchar afectiva y teóricamente contra los futuros pasados; una gran esperanza que modeló el futuro por venir, al que le dio, antes de que se inauguraran los procesos llamados de transición a la democracia, «el» nombre.

Convertida en lema, en programa, en categoría descriptiva y evaluativa de diferentes procesos políticos y sociales –que marchaban o no hacia ella–; en esquema de interpretación del mundo; en una definición vivencial o normativa; en un «parecido de familia» al que había que llegar a parecerse; en categoría para pensar regímenes políticos; en el Programa de Investigación del Woodrow Wilson Center; en seminarios regionales de CLACSO, a partir de su acuñación como término, nombraría la génesis fáctica de procesos históricos en los que algún componente de lo burocrático autoritario se descompusiera.

No iba a ser debido a este proceso teórico que los países de la región llegaran a una ruta política de cambio. Sin embargo, esa producción y esos intelectuales le dieron el tono a las discusiones teóricas, políticas y filosóficas de una década diferente. Y, también, abrieron la posibilidad de que otros agentes, aquellos que, por diversas causas no habían vivido el mismo tránsito teórico, quedaran perplejos y acusaran a aquellos de traidores, socialdemócratas o liberales.

De todas maneras, una vez en sus países de origen y una vez que los procesos de cambio estuvieron instalados, estallaría aquel consenso que se había abierto, entre el cruce de la década del setenta y principios de los años ochenta, alrededor de dos ideas que sirvieron para pensar en contra de situaciones políticas y personales límites.

Registro bibliográfico

LESGART, CECILIA

«Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XII, Nº 22-23, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, 2002 (pp. 163-185).

Descriptores · Describers

Regímenes autoritarios / transición a la democracia / intelectuales / cambio político / innovación conceptual
authoritarian rule / transition to democracy / intellectual / political change / conceptual innovation